

## ***Educación: contradicción y desencanto***

**Manuel Garrido López**, psicólogo-pedagogo (LA RAZON, 02/12/04).

Hay algo que debe preocuparnos seriamente a todos los que de alguna manera - incluida la Administración- estamos implicados en la tarea educativa y es que la enseñanza que se imparte hoy no responde a los fines de la sociedad actual. Es un hecho real la gran separación y contradicción que hay entre los fines educativos y los fines de la sociedad. Tal planteamiento no responde a lo que debe ser una política educativa seria y constructiva. Porque educar es construir, hacer hombres íntegros y responsables que sean útiles para la sociedad, que encuentren su felicidad ayudando, colaborando, compartiendo con los demás. En cambio, los fines de la sociedad actual no son otros que destruir, despersonalizar, aniquilar al hombre. En la actualidad, hay una exaltación en nuestra sociedad de los valores negativos. La moralidad de la sociedad se ha degradado. En lo referente a los medios de comunicación social tenemos que afirmar que son muchos los que se oponen a la existencia de una televisión limpia, formativa para todos. Hoy en la televisión se oyen tacos, blasfemias, se contemplan adulterios, fornicaciones, asesinatos, estupro, incestos, aberraciones sexuales. Películas eróticas y seriales se nos vienen metiendo por los oídos y por los ojos como la cosa más natural del mundo. Se emiten programas de forma incesante orientadas a quebrantar las familias y a dañar la autoridad de los padres sobre los hijos. Se quiere imponer a toda costa la enseñanza laica. Se ovaciona con entusiasmo el divorcio, el aborto y el adulterio. Se produce la evasión del desnudo y el lenguaje procaz. Veamos cuánto es preciso ver y aprendamos cuánto es preciso aprender, tratando de recuperar los tristes años sacrificados al fanatismo religioso. Por eso el sexo se ha divinizado, pero el uso irresponsable de la sexualidad es una de las razones más graves de la deshumanización.

Hoy son muchos los que atacan a la Iglesia y presentan corrientes ideológicas que son contrarias al dogma y a la moral cristiana. Así, contribuyen a que cada día se vayan perdiendo los valores fundamentales de la vida, y van sembrando inquietudes, descontentos y desorientación, haciendo un mundo de locos, arrancándole al hombre el auténtico sentido de la existencia y contribuyendo al confusionismo, la violencia y el caos. La pornografía arrasa valores muy fundamentales, no sirve para quitar tabúes sino para fomentar obsesiones, para sobreexcitar, para desfigurar la sexualidad. Los que así opinan saben muy bien que la pornografía es un programa muy bien estudiado para adormecer a la juventud.

Los que pretenden destruir al hombre saben la fuerza de penetración que tienen tales sugerencias, la mentalidad que crean y los impulsos que provocan. Las enfermedades de transmisión sexual, el sida, el aumento de embarazos entre adolescentes se deben, entre otras razones, a que hoy día hay menos moral, más libertinaje, más cerebros vacíos de auténticos principios y más corazones fríos de amor. Ahí está el informe elaborado por la Oficina del Defensor del Pueblo andaluz, donde en 2003 abortaron 2.485 jóvenes andaluzas de entre 10 y 19 años.

La sociedad actual está torturada por la búsqueda de los bienes materiales, de lo visible, de lo sensible, del «todo y ahora mismo». El planteamiento educativo actual origina en los profesionales desgana, deseos de trabajar bien y con auténtica responsabilidad. Todos sabemos que hay un exceso de Estado en la enseñanza y no corresponde al Estado imponer una determinada cultura a los ciudadanos, porque no hay peor encadenamiento de la persona y de la sociedad que «el dirigismo cultural» llevado a efecto por el Estado. El deber del Estado es un deber subsidiario, de ayuda y apoyo a la familia que es quien tiene que decidir el tipo de educación que quiere para sus hijos.

Por eso, ante los graves problemas que la sociedad viene planteando al hombre de hoy y que de ninguna manera pretende ayudar al hombre en un sentido positivo, hay que preguntarse: ¿en qué puede haber mayor contradicción que la de educar para la paz, el no enfrentamiento, la no agresividad, el respeto mutuo, el diálogo, el recto comportamiento y el respeto a la naturaleza cuando vivimos en un mundo en el que todos los grandes ejemplos parecen predicar lo contrario? Los centros educativos ¿pueden considerarse unas instituciones que no solamente no generan violencia sino que además intentan neutralizar los elementos violentos existentes a su alrededor? ¿Podemos afirmar que de nuestros centros educativos los alumnos salen vacunados contra cualquier tipo de comportamiento anómalo y convencidos de que sólo la razón, el diálogo y el respeto a los demás van a ser la norma a seguir en su conducta como ciudadanos? ¿Cómo se habla de la formación integral del hombre cuando se pretende excluir la religión y la moral del proceso educativo? Decía Platón que «el que desecha la religión, quita los fundamentos de la sociedad humana». Y en el Eclesiastés se dice «que la religión guarda y justifica el corazón y da gozo y alegría al alma». Y sobre el valor de la religión escribe Lamartine: «Sin la fe religiosa el hombre no logra ni la resignación, ni el valor, ni la dicha, y ni aún la esperanza el día de las decepciones crueles de la vida». Hoy nos molesta que hable la Iglesia cuando San Agustín decía «que la Iglesia no puede callar, no disimular, ni aprobar lo que es contra la fe y la buenas costumbres». Los tiempos que corren están perjudicando la estabilidad y la armonía familiar, la educación de los hijos y la suerte de la propia sociedad. Hoy no tiene sentido pensar que nuestros hijos van a salir «hechos hombres completos» de los centros educativos, porque los estímulos que les vienen de fuera son «más poderosos y más atractivos» que los que se dan en los centros. Creo que no tiene sentido hablar de educación, porque la realidad demuestra todo lo contrario. Mas de 5.000 padres denuncian a sus hijos por maltrato este año y 5.700 denuncias fueron dirigidas por los hijos contra sus propios padres, según la Razón. Es sumamente necesario que despierten los padres y tomen conciencia del hecho tan grave que se está dando en el mundo actual.

Hoy no se educa, se destruye porque se busca otro tipo de hombre. No es la sana Pedagogía la que dirige la educación del hombre. Se impone dar un giro de 180° y adaptar la política educativa a nuestro tiempo. Hoy es más urgente el formar que el instruir, porque el hombre tiene más necesidad de felicidad que de sabiduría. Es más urgente, como diría Ortega, dar razones para vivir que datos positivos, y una gran razón para vivir está en el conocimiento y seguimiento de Dios. Es necesario que la participación, la justicia, el respeto

al individuo den sentido a la enseñanza, y no el miedo, la discriminación o el aburrimiento. La familia, hoy en día, está expuesta a un riesgo de desintegración constante y no se puede lanzar una política educativa seria sin contar de lleno con la familia, porque ésta es la primera escuela de humanización de la persona, la primera escuela de virtudes humanas, sociales y cristianas. Por eso la familia tiene el derecho a ser no sólo defendida sino ayudada en el cumplimiento de su derecho fundamental de educar a comprender los valores sobre todo a quienes todavía no han alcanzado la madurez. La familia tiene el derecho a poder elegir el centro educativo y tiene además el derecho a saber quién enseña a su hijo, qué cosas le enseñan y cómo. Tal desconfianza nace de que muchas veces se suele sembrar buena semilla en la familia y por descuido y exceso de confianza nacen otras hierbas que las ahogan. Las familias tienen el derecho a poder disfrutar de una televisión limpia, que distraiga y construya. Tiene el derecho a que el Estado limpie de para siempre el suelo español de drogas; porque la droga esclaviza, destruye y mata. Tiene el derecho a que el tema de la sexualidad sea tratado con el máximo respeto, porque el respeto es un acto de justicia y toda persona es digna de respeto por ser imagen de Dios.

Es preciso que los padres se mentalicen y comprendan que no han cumplido con su deber con sólo enviar a sus hijos a los centros de enseñanza, porque hoy no hay motivos suficientes para un «optimismo pedagógico escolar». Educar y formar a un hijo es mucho más que traerlo a este mundo y que alimentarlo. Es enseñarle a vivir y ayudarle a buscar los caminos que hagan su vida más apasionante y más noble, ayudarle a descubrir los valores que le convertirán en una persona de calidad.